

SEIS AÑOS DESPUES

DIARIO "ARRIBA", MADRID, 25 JUNIO 1.972

PACO, SIN BOMBA

IGNACIO BARRAUDE
Manuel Siurot, 3, Bloque 3.
SEVILLA - SPAIN



PACO...
—Sí.
—Paco, por favor, ¿qué ha cambiado dentro de usted, qué sería esto sin usted...?

Esto. Ahora ya, la joven noche se está comiendo a bocados el muelle, los azules telones de las redes, las barras de hielo, las maiguerras de la «Camps» que hacen transfusiones al «Dios te guarde», las banderolas rojas, amarillas, verdes de las boyas como cántaros de terracota, apiladas en el bosque de las popas. Esto. Ahora ya hemos tomado cuatro cafés y quince pitillos y a la luna de Aguilas la ha rajado una espada negra por la mitad, y junto a los barcos hay música, futbolines, sillas voladoras, tiro al blanco, farolillos y coches de choque, y él tiene los ojos rojos, increíblemente rojos, sangrantes, mordidos por los dientes de la sal. Ahora ya se ha ido el «Alyin» y los 18 buques de guerra, los 3.200 «marines», los ochenta días, los contadores «geyggers», los helicópteros, las placas, las medallas, los miedos, los 36.000 millones de pesetas. Ahora, Paco, por favor, ¿qué ha cambiado...?

—No ha cambiado nada. Y, además, de verdad. Bueno, oiga, sí ha cambiado. Ha cambiado que ya no soy «Paco el de la bomba». Que no quiero serlo. Ha cambiado que he vuelto a ser lo que siempre fui: «Paco el Catalán». Yo siempre quise ser, además de verdad, «Paco el Catalán», lo que he sido durante veintitrés años en Aguilas. ¿Ha visto usted a mi padre en el muelle? Era el de la gorra negra. El del traje negro era mi hermano. Hace once meses murió madre y por eso llevamos luto. Bueno, pues mi padre ya tiene setenta y cinco años y sigue siendo pescador. Yo acababa de cumplir la «mill» cuando nos trajo a Aguilas. Los tres hermanos, a la mar. A mí me gustó el pueblo, porque siempre había balle, me gusta mucho bailar, bailar el agarrado, y aquí, ya ve, hay todos los días balle y hay mar. Tenía novia catalana, me casé con ella, me la traje, teníamos el «Magda Simó», que es el nombre de mi hermana, y todo el mundo me quería. Yo trabajaba mucho, como ahora, para sacar adelante a los críos y para comprarme un barco. Soñaba con un barco mío. Un barco mío y yo hubiera sido el hombre más feliz de la tierra. Bueno, ya lo era, y además de verdad, al amanecer, a las cuatro, cuando enfilaba la escollera. Y... y entonces cayó la bomba, maldita bomba, y, además de verdad, yo no sé; dejé de ser «Paco el Catalán»...

Le has estado esperando desde las seis, con el block en la mano, con los ojos clavados en la punta del espigón. Como le esperaban los coroneles del Pentágono: «sale a las cuatro en punto de la madrugada; regresa cuando empiezo la noche». Como le esperaban los periodistas: «había días en que estaban en el muelle hasta cuarenta: japoneses, americanos, ingleses, franceses, alemanes, yo qué sé...». Como le esperaba el cartero: «había días en que el pobre tenía que hacer un viaje exclusivamente para mí. Venían, aún vienen, cartas de América, de Rusia, de Alemania, de África. Todas, todas ponían: «Paco el de la bomba. Spain», y, bueno, muchas decían cosas contra los americanos». Como le esperaban los embajadores y los ministros, los banquetes y las medallas: «Este hombre representa la imaginación y la inventiva de toda una raza», y mister Duke le entregaba la efigie de Johnson. Hasta que has visto doblar el faro, veloz, cabeceante, con una franja negra de luto, «madre murió hace once meses», el «Agustín y Rosa». Entonces has





clavado los ojos en el puente y le has visto. Con el escudo del Barcelona F. C. pegado tras el timón, la camisa negra sin una arruga, los pantalones oscuros con la raya impecable, los ojos rojos, la cara afeitada, «me afeitó en alta mar y un día se me fue la mano en una marea y me quitó del bigote», el pitillo en la boca, igualito que Robert Mitchum, como si Stanley Kramer estuviera en el muelle y no su padre, el viejo y silencioso lobo...

—Mi padre sí que conoce este mar. Cuando él nos trajo, sólo había en Agullas un barco de arrastre, a la gamba. Aquí no hay ninguna carta de marear. Pero sabemos dónde están las piedras, dónde hay ánforas. Sabemos dónde están los aviones tirados en el fondo del mar, sabemos dónde hay barcos hundidos, dónde poder echar el arte a mil metros. No está escrito: miramos, enganchamos en tal sitio y ese sitio se nos queda grabado para siempre. Puede pasar un año y puedes volver justamente al sitio, al mismo sitio, a la misma ola, donde estuviste hace un año. Sin nada escrito. Lo tenemos que saber así, porque los pescadores somos los más anal-fabetos...

Entonces salta por proa como un caballista y se va al «Magda» y ayuda a estirar los cabos verdes y pardos a sus hermanos, mientras el padre coloca las cajas «¿sólo seis, Paco?» en el motocarro, la pescada como submarinitos, junto a las gambas como bombas rojas. Tú le has llamado «señor Simó» y el padre te está mirando como a un maldito, mientras el último sol coquetea con el faro...

—Perdóneme, pero no quiero hablar. Ha pasado ya mucho tiempo. Dejémoslo ya todo...

—Paco, hemos venido desde Madrid...

—Sí, ya sé. Hace ocho días estuvieron aquí dos periodistas italianos. Venían a cosa hecha, como ustedes. No podía decirles que no. Pero les tengo miedo. Desde que estuve en Nueva York y Washington, les tengo miedo. Yo ya no soy «Paco el de las bombas»...

—Lo será hasta que se muera. ¿Tomamos un café...?

—Bueno. Vamos...

Tiene el acento catalán aún sin domar, «no he querido perderlo». Hemos echado a andar mientras la voz de Víctor Manuel se ha enganchado en una red. Juro por mi honor que ha aparcado el barco junto a otro blanco que se llama «El Yanqui»...

CUANDO AQUELLO CAYO DEL CIELO

—¿Cómo fue todo, Paco, de verdad...? Como si hubieran pasado siglos, repitien-

do como una letanía su «Y, además, de verdad», de espaldas a la mar, metiendo el barco de los recuerdos en el pequeño mar negro del vaso de café entre la niebla de quince pitillos.

—Yo estaba pescando a la altura de Villaricos y la vi venir. La vi venir al agua recta como un rayo. Pasó a siete u ocho metros del palo, si lo hubiera movido me lo hubiera destrozado, y la vi caer a dieciocho metros. Cuando vi los aviones avisé inmediatamente a la Costera de Alicante, y en seguida mandaron un correo y al «Cabo San Vicente». Al poco salieron de Agullas todos los barcos y yo puse el timón a la banda y metí toda la marcha al motor. Hasta cien bidones de agua, necesité para tapar la brecha. Nos cayeron todos los pedazos del avión encima. Los motores cayeron en tierra, pero, encima de mí se vinieron todos los pedazos. Antes de caer parecía una escuadrilla llena de humo y fuego. Vi caer la caja negra a popa y la bomba... la bomba, a proa. Y entonces fijé los ojos en el sitio. Me grabé en los ojos como un mapa. Llegó mi hermano con el «Agustín y Rosas», que es el barco que llevo ahora, y salvó a un aviador. Creo que era el comandante. Había otros tres. Al día siguiente llegaron los americanos y se pusieron a hablar con los hombres de todos los barcos que habían salido. Yo había vuelto a la mar, porque de ahí saco las habichuelas, y a la vuelta me empezó a interrogar el capitán Ramírez, que era de Tejas y hablaba español. Yo les dije desde el primer momento que sabía dónde estaba, pero ellos vengas a decir que si la bomba estaba en la costa de África, que si los cálculos... A los tres días llegó la Flota y montaron el «Campamento Winston». Todos los días me venían a buscar en helicóptero o en una lancha de desembarco o me llevaban a un dragaminas. El helicóptero aterrizaba en el campo de fútbol, y los primeros días todo el pueblo me agarraba de la camisa, «Paco, no subas; Paco, no les hagas caso; Paco, no te vayas». Yo tenía miedo, y además de verdad. El primer día me subieron a un barco de guerra y me dijeron que pusiera yo el rumbo. Estuvieron muy simpáticos y sonreían a ver qué hacía yo. Yo ordené el rumbo del barco y al llegar al sitio donde estaba la bomba les dije que pararan las máquinas. Me volví y les dije: «Aquí está.» Se sonreían y me llevaban a comer al camarote del comandante y querían que yo ocupara la presidencia, pero a mí me daba como vergüenza. Entonces empezaron a marearme: me llevaban a cabo Gata y otra vez: «Ponga rumbo.» Me llevaban a Carlagena, y lo mismo:

«Ponga rumbo.» Otro día salimos de «Garrucha», y «ponga rumbo». Y yo siempre mandaba parar las máquinas en el mismo sitio. Encima de la bomba, y ya hicieron medidas y me empezaron a tomar en serio. Lo tremendo eran los periodistas. Bajaba del mar o del helicóptero y empezaban a salir por todas partes. Unos me cogían del brazo, me encerraban en un portal o en un café y me decían que me comproban la exclusiva...

—¿Y la vendió, Paco...?

—Y yo qué sabía lo que era una exclusiva...! Entonces fue cuando salió el «Madrid» diciendo que «Paco el de la bomba» pedía treinta y treinta y cinco mil pesetas por en-



PASA A LA PAGINA SIGUIENTE DE HUECOGRABADO

trévista. Ni una perra cobré, y además de verdad...

—El «Madrid» ha cerrado, Paco...

—¿Sí...? Es que no leo los periódicos, y además de verdad. Cuando me llevaron a Madrid me hicieron una rueda de Prensa en el Hilton y un señor del «Madrid» me preguntó no sé qué, y yo le dije que sólo contestaba si venía el director personalmente a explicarme lo del dinero que yo cobraba...

—¿Cómo encontró Madrid, Paco?

—Andaba escondido, como si debiera dinero. Fui con mi mujer a bailar a una sala de fiestas y se paró el baile: «Mira, Paco el de la bomba.» Iba por la Gran Vía y lo mismo, la gente se paraba. Yo iba negro, porque tenía que ir a todas partes de corbata. Sé ponerme una corbata y tengo siete trajes, los tengo de antes de la bomba, porque siempre me ha gustado ir limpio y correcto, pero aquello era tremendo. Conocí a personas muy buenas. El director de ustedes, Blanco... ¿Blanco Tobío?, me pareció una persona bellísima. Y don Jesús de la Serna. Y lo mismo en Nueva York. Pero yo ya no podía más, lejos de la mar. Llegamos al aeropuerto y llevábamos dos pasajes para tomar unas vacaciones en Miami y me acerqué al mostrador y pregunté: «¿Me los puede cambiar para España?». Me dijeron que sí y nos vinimos corriendo.

—¿Por qué se comprometió usted a sacar la bomba?

—Porque la hubiera sacado. Y lo puedo probar cuando quieran: era una cosa de cuatro metros de largo por uno de diámetro, y yo, con el arte de arrastrar, podía sacarla. Los americanos dijeron que había caído con paracaídas y yo la vi caer sin paracaídas ni aletas, como decían ellos. Un amigo mío de Murcia hasta quiso hacer una carcasa igual, tirarla al fondo y hacer la demostración para los periodistas. Yo dije que en tres días me sobraban días para sacarla. Pero, oja, no solo yo. Cualquiera hombre a la mar en Aguilas. Bueno, a lo que iba... La bomba cayó el diecisiete de enero y, al fin, el quince de marzo, me hicieron caso, y el «Alvin» se puso donde yo le dije. Les dije además que allí había setecientos metros de profundidad y que no había luz para verla. Yo estaba rebiando para que me dejaran sacarla, porque estaban perdiendo el tiempo ellos y me estaban haciendo perderlo a mí. Así que el día quince estábamos en el camarote del almirante y yo le dije que me jugaba la cabeza si el «Alvin» no la localizaba allí. Yo les dije: «No se aparten diez metros de donde les digo.» Cada medio minuto, el almirante hablaba con el «Alvin» y a las doce menos diez el almirante tiró el teléfono, empezó a dar saltos y a abrazarme, salieron disparados y me dejaron solo en el camarote. Yo estaba ya cansado del camarote del almirante, me llevaban todos los días a comer al «Boston» y, bueno, allí me dejaron solo, mientras escuchaba los chillidos y los gritos en cubierta. Habían pasado casi dos meses desde que les había dicho dónde tenían que ponerse...

—Paco: ¿qué hubiera pasado sin usted?

—Por fin se ha vuelto hacia la mar y hacia la noche.

—Mire, y además de verdad: yo soy un pesimista siempre. Yo veo que ahora todo es posible en el mundo, que cambian corazones, que hacen vivir a los muertos. Pero sin mí no hubieran sacado la bomba. Ojo, sin mí o sin cualquiera de los hombres del mar de Aguilas que la hubiera visto caer.

De pronto ha entrado un hermano y le ha dado un billete de veinte duros.

—Lo hacemos todos los días. Nos guardamos una caja todos los del barco y la vendemos para nosotros. Hoy han sido veinte duros... ¿Quiere otro café...?

UN BARCO, UN BARCO PARA PESCAR...

—Ha pasado mucho tiempo, Paco. Es la hora de contar verdades, Paco. ¿Cuánto dinero le ha sacado a la bomba?

Ha pasado un carrocho cargado de marineros azules y ha vuelto los ojos enrojecidos, la voz ronca hacia mí block...

—No he sacado nada. Le estoy diciendo la verdad. No he sacado más que disgustos, y



además de verdad. Ya me he cansado de abogados, de juicios, de reclamaciones, de todo. Ya no quiero saber nada más. Los abogados me lo hicieron creer todo. Que había, y lo hay, un reglamento, por el que yo tenía derecho al cuatro por ciento del valor de la bomba, que era de cien millones de dólares. Me hicieron soñar con un barco mío, un barco para pescar. Yo no quería yates, ni casas, ni lujos... Quería un barco mío. Y ni eso tengo. Lodge me aseguró todo. Todos me prometieron mucho. Nombree a un apoderado, un amigo, José Muñoz, de Murcia, y ahí empezó todo. Vinieron los abogados de aquí de España. Vino Brunell, que tiene el mejor bufete de Nueva York, vino mister Lodge. Yo firmé los documentos: de lo que se sacara, el cuarenta por ciento era para mí y el sesenta para los abogados. Y me firmaron, ante notario, que si no salía nada me garantizaban un millón...

—¿Dónde está?

—Ni lo sé ni lo quiero saber. No he querido reclamarles nada. Sólo quiero volver a ser «Paco el Catalán».

—Bueno, mi periódico hizo una suscripción...

—Sí, fue lo único. De quien tengo más recortes es de ARRIBA y mejor recuerdo de Blanco Tobío, que es un señor. Me parece que fueron doscientos mil pesetas, pero a mí no me quedaron ni dos mil. Lo di para mejorar los barcos de mi padre y de mis hermanos. Luego, un amigo, que estropeó su «Mercedes»... Vamos a dejarlo...

—Pero, Paco, ¿no le dolió ver que los españoles no eran capaces, en mi periódico, de comprarle un barco?



—Los españoles respondían. Pero si mis abogados iban diciendo que yo tenía derecho a cinco millones de dólares, ¿qué español iba a gastarse su dinero en dárselo a un señor que iba a ser millonario? Aquí, en Agullas, también quisieron hacerme una suscripción, y, bueno, luego, las medallas. Eso, sí. Me dieron la del Mérito Naval de primera clase, que no tiene paga; la del Yugo y las Flechas, me dieron la efígie del Presidente Johnson, me dieron diplomas... Es igual. Todos los días salgo a la mar y tenemos para comer en casa. Con esfuerzo, pero comemos.

—Está amargado, Paco...

—No. Si algo me queda de amargura es que me he dado cuenta que me he hecho antipático a los españoles. Yo dije desde el principio, cuando me echaban los discursos, que si había hecho algo bueno por España, me sentía ya pagado. Pero, y además de verdad, los españoles oyendo todos los días «Paco pide tanto», «Paco quiere tanto», «Paco quiere sacar tajada de todo»... ¡Si yo nunca pedí nada! Me lo puede creer por lo que más quiera. Pidieron los abogados y yo no los supe cortar a tiempo. Cuando quise, me sacaron los papeles y tenían todos los derechos sobre mí. Los dos de Madrid me quisieron cobrar nueve millones. Nueve millones, cuando no tenía ni para arreglar el barco...

—¿Por qué los contrató?

—Los contrató mi apoderado. No yo.

—No lo entiendo, Paco. No entiendo cómo se ha podido quedar sin cobrar nada.

—Es que tampoco lo entiendo yo. Me decían los abogados que me pusieron del Gobierno americano: «Si nosotros pudiéramos funcionar, como en España, por lo civil, este sería el caso más bonito del mundo.» Me dieron un diploma en el que se dice que gracias a mí la bomba atómica fue recuperada. Cuando vieron el diploma los abogados americanos me dijeron que aquello era pan comido. Me llegaban tarjetas de abogados internacionales diciéndome que era un caso ganado. Déjeme con mi mar, que se sufre menos...

—¿Qué familia tiene, Paco?

—Bueno, tengo a mi mujer, que no puede ver a un periodista. Tengo un chiquillo de dieciséis años, que hace el sexto de bachiller, aquí, en el Instituto de Agullas, y que quiere estudiar eso de química, pero química de animales.

—¿Biología?

—Eso, Biología, y tengo una nena de ocho años.

—¿Es el hijo de «Paco el de la Bomba»?

—No, no. Es el hijo de «Paco el Catalán». Es uno más entre sus amigos. Estuve a punto de llevarles a Tarragona, cuando lo de la bomba. Eran veinticinco megatones y se pasó mucho miedo. Se pasó en Garrucha, en Lorca, en Agullas. Se empezó a escribir que se descomponía; los rusos decían que el Mediterráneo había quedado contaminado. Nos hacían análisis de orina, nos repasaban a todos con los aparatos de la radiación, iban preguntando quién había cogido a los aviadores y vigilando los barcos... ¡Muchas, muchas semanas sin poder pescar! Luego, el pescado de Agullas estuvo meses sin poder venderse. Total: aquí no han dejado ni una perra... Por eso, cuando por el verano vienen los turistas a conocerme, a darme la mano, a que les firme autógrafos, yo me pregunto cómo pueden vivir los artistas de cine. Fue algo tremendo. Me cogían los periodistas y me decían: «usted no salga a pescar hoy, y le pagamos lo que pudiera coger». Yo les decía que no. Los únicos que les hice caso fueron los de «Life» y el «Paris-Match», que nos ofrecieron un dinero. Yo consulté con mi padre y con mis hermanos y no salí esos días a la mar. El dinero que me dieron, más la factura de la pescadería, lo invertimos en arreglar los barcos. Por eso, cuando me dieron el diploma y el aviso de Johnson por escrito diciendo que yo sería recompensado en cuanto se me hubiese perjudicado, le pregunté al embajador Duke, el día que me dio la efígie del Presidente, le dije: «¿Y la recompensa?» Y él me dijo: «No tengo autorización ni orden para ello.»

—Paco, los americanos han llegado a «Luna, ya sabe. ¿Y qué piensa usted de ellos, de su técnica, de sus aparatos...?

—Mire: yo les deseo que lleguen bien y



que vuelvan bien, pero no he perdido una hora para verles por la televisión. A mí me trataron personalmente muy bien, en Washington y Nueva York, pero yo les encuentro mucho más torpes que nosotros, los españoles...

—¿Torpes en la mar...?

—Torpes donde les he tratado. A mí me hicieron militares, preguntas que no me las hubierá hecho un militar español. Sólo nos ganan en una cosa: en que les pagan en dólares... Yo ya le he dicho que nunca pensé cobrar. Aquello que dije en un banquete o en la Embajada cuando me hacían hablar, era verdad: yo sólo quise hacer algo bueno por España, que es lo que quiero. Había que sacar la bomba, porque era un peligro, y yo quise sacarla. Y solamente eso... La sacaron ellos. Bueno, yo, para mi adentro, estoy pagado...

—¿Ha vuelto alguna vez con las redes vacías, Paco?

—Muchas veces. Y cuando uno baja del barco, sin haber pescado, uno no es el mismo. Uno se encierra en casa, hasta que sueñan las cuatro...

Luego, se mira la palma de la mano como un enorme mar blanco de ríos azules.

ADIOS SUBMARINO, ADIOS...

—¿Qué pasó después de la bomba, Paco, cuando aquel arrastre misterioso?

—Bueno, pues que cuando se pierde, siempre me ha tocado perder a mí. Fue un submarino que me llevó seiscientos metros de cuerda y todo el arte. Ochenta mil pesetas. Me tuvo catorce horas enganchado. Llamé al Capitán General y me mandaron dos helicópteros, un barco de guerra y un submarino desde Cartagena. Tuvo que ser un submarino atómico, porque yo llevaba las redes a quinientos metros de profundidad. Y,

claro, me dijeron que si algún día localizaban la nacionalidad, reclamarían los daños. No se podía hacer otra cosa. El arte había sido bendecido, precisamente, por el capellán del barco del Caudillo. El Caudillo, cuando estuvo una vez cerca de aquí, preguntó por mí, pero yo estaba a la mar. Y doña Carmen bajó a tierra y escuchó misa aquí en el pueblo.

Aún tiene al lado el saquito de plástico con los peces luchando, como cada tarde, por la vida, y del "Ana María" alguien ha sacado la jaula de un merluccio. Ha callado un poco la música y huele a amor y menta, mientras echamos a andar junto al viento, como una gran goma de borrar recuerdos...

—¿Qué ha cambiado desde el día de la bomba, Paco?

—No me he preocupado de fijarme. Me han llamado muchas veces de "Buenas tardes", pero el que me gusta es ese señor de los animales, Rodríguez de la Fuente. Cuando habla del mar me quedo con la boca abierta. He pensado en escribirle, pero tengo miedo que salga diciendo que le ha escrito "Paco el de la Bomba". Y bueno, soy feliz. Vivo en mi casa, tengo a mi gente, no hebo jamás, no volveré a Norteamérica, y hay veces que sacamos hasta las diez mil pesetas a la gamba y a la cigala y... sigo pensando en el barco. Un barco mío, un barco que me puede costar tres millones y medio... Un barco para salir de madrugada, sabiendo que es mío, un barco...

Ha parado en seco, y seis años después ha vuelto a repetir:

—A las cuatro salgo para Villarcos.

Y se me pierde, enlutado, por una calle cualquiera.

Buscando a «Paco el Catalán». Como una flecha rota...

Pedro RODRIGUEZ

(Fotos Pastor)



OPERACION SURESTE

En un rápido y fulgurante raid periodístico, nuestros compañeros Pedro Rodríguez y José Pastor han recorrido una amplia esquina del mapa español, de la que han regresado con un importante botín de atractivos reportajes que se inician hoy con esta entrevista en Aguilas con tan internacional personaje como «Paco el de la Bomba». De Alicante a Almería y durante todo el mes de julio, Pedro Rodríguez y José Pastor irán presentando a nuestros lectores, en páginas de color y huecograbado, las cotas curiosas, actuales y hasta desconocidas alcanzadas en una expedición que es un servicio más de ARRIBA a sus lectores y a cuanto late en el país.



Francisco Simó, 'Paco el de la bomba'

Hace 18 años rescató la bomba nuclear que cayó en Palomares

Ayer se cumplieron 18 años del día en que el pescador Francisco Simó Orts, un tarraconense afincado en Águilas (Murcia), que hoy tiene 56 años y lleva 48 en la mar, pasara a la historia como *Paco el de la bomba*. El 17 de enero de 1966, dos aviones norteamericanos —un B-52 cargado de bombas H y un KC-135 nodriza— chocaron en el aire mientras el primero repostaba. En el accidente hubo siete muertos. Los artefactos termonucleares se precipi-

taron, desde 9.000 metros de altura, sobre la costa mediterránea, cerca del pueblo almeriense de Palomares. Tres bombas cayeron en tierra y fueron recuperadas inmediatamente. La cuarta se hundió en el mar y no apareció hasta 81 días después. Era 16 veces más potente que la de Hiroshima y pudo provocar una catástrofe de consecuencias ecológicas incalculables. No dieron con ella matemáticos, físicos ni geógrafos. La encontró *Paco el de la bomba*.

18-1-84
PEDRO M. DE LA CRUZ, Almería

Un diploma de agradecimiento, 7.000 dólares, varios viajes a Estados Unidos, "una recepción de olé" en la Embajada americana en Madrid —"con ministros y todo"— y un rosario de condecoraciones de primera clase —"aunque yo las quería de tercera, porque éstas sí que dan dinero"— son algunas de las cosas, pocas, que Francisco Simó Orts ha recibido como recompensa por descubrir el lugar exacto en que se encontraba el artefacto nuclear.

Aquel día, aunque hacía mal tiempo, Francisco Simó se hizo a la mar, como casi siempre, a las seis de la mañana. "Todo iba normal, hasta que a las 9.50 horas se colocaron en el aire, encima de mi barco, que entonces era el *Manuela Orts Simó*, dos B-52 para repostar de unas naves nodrizas. "De pronto vi cómo explosionaban los dos aviones de atrás y observé como una bomba caía lentamente; aunque desde el primer momento tuve conciencia del peligro —si no giro bruscamente y arrojé bastante lastre nos cae encima—, nunca tuve miedo.

Durante 81 días llenos de tensión, un helicóptero americano recogía cada mañana a *Paco el de la bomba*, que "apostaba la cabeza a que sabía dónde estaba", en Águilas y lo llevaba a Palomares, donde una lancha lo trasladaba, mar adentro, hasta un buque de la misma nacionalidad. Por cada una de estas jornadas cobraba 8.000 pesetas, que repartía puntualmente entre sus compañeros de tripulación.

Decenas de científicos norteamericanos hicieron cálculos, "daban cifras que yo no entendía y decían: "Tiene que estar aquí". Yo les respondía que se encontraba en el lado opuesto. Al final se salió con la suya. El 15 de marzo de 1966, a mediodía, se localizó la bomba, que fue recuperada el 7 de abril.

Siete días antes, el 8 de marzo, el entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga, y el embajador norteamericano, Angie Biddle Duke, habían protagonizado un famoso gesto heroico al ba-



Francisco Simó.

MULLOR

ñarse en las aguas de Palomares. Era un momento en que la posible contaminación por la bomba nuclear amenazaba la entrada del turismo y en que el baño del embajador podía ayudar a frenar la campaña antinorteamericana. "Fraga me caía y me cae muy bien", dice *Paco el de la bomba*, pero la escena me pareció un poco... ridícula, aunque hay que reconocer que entonces ni Dios compraba pescado de Almería, Murcia y Alicante, y tenían que demostrar que no había radiactividad".

"Del Gobierno español", señala el descubridor, "nunca recibí nada, aunque un periodista del *Arriba*,

Luis Peñafiel, me dijo que pidiera lo que quisiera, porque Franco me lo daría. Pedí un barco, y lo que me dieron fue el importe de una suscripción popular realizada por el periódico".

Las relaciones con el Gobierno americano no fueron mucho mejores. De hecho, "todavía tengo un proceso judicial para ver si me dan el 7% o el 8% del valor de la bomba, que ascendía a 100 millones de dólares, aunque éste es un tema que no me preocupa mucho".

Todavía le envían cartas desde diversos países con estas señas tan sólo: "*Paco el de la bomba. Spain*". Y lo curioso es que llegan.

2-2-91

EL PAIS ^K

Miguel Yuste, 46, 28037 Madrid. (91) 337 82 00. Fax: 334 87 96. Telex: 421871 Zona Franca, Sector B, calle D, 08040 Barcelona. (93) 401 00 00. Fax: 335 39 25. Telex: 377 Gardoniz 6, ext. depart. 1, 46010 Almeria. (94) 444 57 00. Fax: 444 40 37 / Paseo de las Delicias, 1, 3.º, 41001 Sevilla. (95) 422 33 76. Fax: 422 51 64. Telex: 730517 Embajador Vich, 3, 3.º-D, 46002 Valencia. Depósito legal: M. 14951-1976. © Diario El País, S.A., Madrid, 1991. Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotográfico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

2 FEB 1991



GENTE

Francisco Simó

Recuperó la bomba caída en Palomares hace 25 años

CHARO NOGUEIRA, Almería. Hace 25 años se llevó uno de los mayores sustos de su vida. Francisco Simó Orts tuvo que virar bruscamente el timón de su barco para evitar que le cayera encima una bomba atómica. Su tesón ayudó a recuperar el artefacto norteamericano muy cerca de la costa almeriense de Palomares. Desde entonces, es Paco el de la Bomba.

Al margen de "las complicaciones de la fama", poco ha cambiado en este hombre, nacido en Tarragona hace 63 años. El 17 de enero de 1966, cuando dos aviones norteamericanos chocaron y dejaron caer cuatro ingenios termonucleares — tres en Palomares y uno en el mar, frente a la cercana localidad de Villaricos —, Paco pescaba gambas coloradas en el *Manuela Orts*. Hoy, un cuarto de siglo después, sale a diario en busca de camarones a bordo del *Noriego III*.

"Vi cómo chocaban dos aviones y otros dos salían sin daño. La bomba cayó con paracaídas, a unos 20 metros. También vi otro objeto, que resultó ser la *caja negra*. Tuve que hacer una maniobra que me abrió una vía de agua. Inmediatamente avise a la costera de Alicante", recuerda Paco.

"Durante 81 días sali a la



Francisco Simó

CRISTÓBAL MANUEL

mar con los americanos. Me pagaban 8.000 pesetas por jornada, algo más de lo que conseguía pescando. Lo repartía con mis tripulantes", dice. La bomba fue izada finalmente el 7 de abril. Estaba sumergida a 750 metros, donde él había señalado sin desmayo y no detectaban los aparatos. Convertido en ejemplo del genio hispano,

Paco vio sólo en foto el artefacto rescatado, y le extrañó que el color del paracaídas fuera distinto al que él observó, pero no quiere sacar conclusiones.

Tampoco quiere airear viejos agravios, pero están ahí. "Los americanos me decían: 'No se preocupe, Simó. Será reconocido y recompensado'. Lo primero, sí, porque al año si-

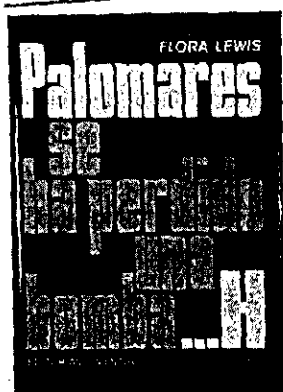
guiente me invitaron a Estados Unidos y tengo un diploma. Pero de recompensa, nada, aunque les gané un pleito allí. Mis abogados solicitaron 350 millones, pero no sé si se los dieron, porque me despreocupé", cuenta el pescador, que amarra en el puerto de Almería.

De lo que también se siente despreocupado es de la política. "Soy antipolítico, y mi partido es la gamba", bromea. Le enorgulleció que el entonces jefe del Estado, Francisco Franco, acompañado por el príncipe Juan Carlos, le visitara en su casa de Águilas (Murcia).

Antes de pleitear con los norteamericanos, Simó le pidió permiso a Franco, que le dio luz verde. El pescador siempre se ha sentido, "primero, español, y luego, catalán, murciano y almeriense". Hoy volvería a repetir sus actos. "Si hubiera sido un tesoro en lugar de una bomba, los americanos no se lo llevan", puntualiza.

Paco, compañero de dominó veraniego del banquero Alfonso Escámez, es un vitalista con-temporizador: en su paquete de tabaco hay cigarrillos rubios y negros. El escudo del FC Barcelona preside su barco, pero "si juega más el Real Madrid que el Barça" lo reconoce.

Armador y patrón, no tiene otro miedo que el de "hacer daño a alguien". Su único vicio confesado: la mar. Paco el de la Bomba lleva más de medio siglo faenando — "antes había más pesca", se lamenta—. "Por la tierra no sé andar, y mientras pueda seguir saliendo con el barco. La mar es lo mejor del mundo. Nunca es igual. A veces es brava y sólo queremos huir de ella. Es como la vida misma", concluye.



LA HISTORIA DEL TRÁGICO ACCIDENTE QUE ENFRENTÓ A ESPAÑA CON LOS TERRIBLES RIESGOS DE LA ERA ATÓMICA

17 de enero de 1966. Palomares: un pueblito de España, una remota y apacible aldea en la costa del Mediterráneo. Dos aviones militares de los Estados Unidos están efectuando una operación rutinaria de reposición de carburante. De pronto, chocan entre sí. Se produce una tremenda explosión. Entre las gigantescas llamas caen centenares de toneladas de metal, goma y materias plásticas ardiendo, que van a estrellarse estruendosamente en el suelo.

A la niña que estaba trabajando en el campo pareció que había llegado el fin del mundo. Era un espectáculo aterrador, pero no tan aterrador como la noticia que no tardaría en difundirse en todos los países. ¡Se había perdido una de las bombas-H de los Estados Unidos!

La detallada historia del desastre, de la búsqueda febril, del peligro de radiación y del temor que sobrecogió a los habitantes de Palomares se narra en este extraordinario libro: PALOMARES: SE HA PERDIDO UNA BOMBA "H".

Su autora, Flora Lewis, no es sólo una eminente escritora, una de las mejores plumas del periodismo norteamericano, sino una conciencia cívica inquieta, una madre angustiada por los peligros de la era atómica. Gracias a la diversidad y altura de sus relaciones, tanto en su país como en España, y a la fluidez con que habla el español, Flora Lewis pudo lograr para su apasionante libro una gran riqueza de informaciones difícilmente asequibles. Se entrevistó con los supervivientes, visitó el Cuartel General de la Aviación norteamericana, interrogó a la gente de Palomares y a altas personalidades del Pentágono. El resultado de su labor es uno de los relatos más emocionantes de nuestro tiempo.

Un volumen de 228 págs., con 18 ilustraciones, encuadernado en tela, 240 ptas.

EDITORIAL
PROVENZA, 101



JUVENTUD
BARCELONA-15

Christopher Morris

EL DIA QUE PERDIERO LA BOMBA



PLAZA & JANÉS, S. A.

EDITORES

BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F. - BOGOTÁ

1.967, 317 PÁGINAS



* "LOS DOCE TRIANGULOS DE LA MUERTE" → A. Kibera.
 • Fragmento: "Paco EL de la BOMBA".

un convencimiento absoluto, exploró todos los espolones rocosos de la zona, sin resultado positivo alguno, deteniéndose en su busca exhaustiva por los alrededores durante una hora. Fue entonces, y sólo entonces, cuando asoció la desaparición del cilindro con la observación hecha por su amiga.

Posteriormente ha buscado varias veces en el mismo lugar sin encontrar vestigio alguno del objeto, y nos reitera que aquella zona la conoce muy bien, sin que hubiera posibilidad de que o bien equivocase el sitio o se perdiese. Por nuestra parte recordamos que se trata de un buceador *muy experto*.

Este caso es verdaderamente notable. Fue estudiado «en profundidad» (y nunca mejor empleada la expresión) por uno de los investigadores más serios y concienzudos de España: Vicente-Juán Ballester Olmos, a la sazón presidente del CEONI, de Valencia, grupo posteriormente disuelto. Recordaré aquí únicamente que Ballester Olmos es autor, en colaboración con el doctor Jacques Vallée, de un listado que comprende cien casos de aterrizaje de OVNIS ibéricos. Este estudio fue casi simultáneamente publicados por las revistas *STENDEK*, órgano del «Centro de Estudios Interplanetarios» barcelonés; *Flying Saucer Review*, inglesa, y *Lumières dans la Nuit*, francesa. Posteriormente, Ballester Olmos publicó a expensas del *Center For UFO Studies* de Evanston, Illinois (entidad creada y dirigida por el doctor J. Allen Hynek), un catálogo de 200 eventos UFO del tipo-I en España y Portugal.

El caso de Alcocebre revela y confirma la presencia en aguas del Mediterráneo occidental de extraños objetos submarinos, objetos quizás idénticos al que arrastró el barco de «Paco el de la Bomba» hacia alta mar. En efecto, y según información extraoficial, en aguas de

Aguilas (Murcia), uno de los barcos pesqueros de aquella flota, propiedad de don Francisco Simó, conocido por «Paco el de la Bomba», fue remolcado el 11 de octubre de 1969, sábado, por algún artefacto sumergido nada menos que más de dos millas mar adentro, posiblemente al enredarse en las redes que la embarcación tenía caladas.

Las redes empleadas en esta ocasión eran de un nylon muy fuerte y estaban sumergidas a unos 300 metros de profundidad. Cuando regresó a tierra aquella misma noche, alrededor de las diez, se preguntó a Francisco Simó sobre el extraño suceso, pero no dio contestación alguna, mostrándose muy reservado.

Pese a esta reserva del patrón de pesca, el extraño suceso se difundió como un reguero de pólvora, y posiblemente esto suscitó la publicación, pocos días después del mismo, de una nota de la Oficina de Prensa del Ministerio de Marina, redactada en los siguientes términos:

«En la mañana del sábado 11 la Ayudantía de Marina de Aguilas (Murcia) comunicó que un pesquero había sido remolcado de su arte de pesca calado por un supuesto submarino a unas tres millas SE de la costa. Se le ordenó largar el arte y colocar una boya para su posterior localización.

»El contraalmirante Pery, jefe del mando de escoltas, con insignia actual en el portahelicópteros *Dédalo*, tomó el mando de esta operación y ordenó la inmediata salida de varios helicópteros antisubmarinos del *Dédalo*, de los destructores *Jorge Juan* y *Valdés*, del submarino *S-31* y del buque de salvamento *Poseidón*.

»Se consiguieron detectar contactos metálicos con el sonar cable de los helicópteros y se intentó por todos los medios comunicarse con el supuesto submarino, sin conseguir respuesta alguna.

»En la noche del mismo día el pesquero notó un

fuerte tirón, rompiéndose el cable del arte y perdiéndose posteriormente el contacto sonar. A pesar de la intensa búsqueda y exploración aérea y de superficie, efectuada durante toda la noche y en las primeras horas del domingo 12, no se logró ningún otro contacto.»

Por esta nota, ampliamente difundida a toda la Prensa nacional el día 13 por la Agencia Pyresa, nos enteramos con estupefacción de los considerables medios aeronavales movilizados para detectar el misterioso OSNI (Objeto Sumergido No Identificado). ¿Quién merodeaba en aquella región, a 160 brazas de agua (unos 185 metros de profundidad), por las aguas del Mediterráneo? Se descarta que pudiera tratarse de un gigantesco pez, por los «contactos metálicos» captados por sonar cable, según confiesa la información del Ministerio de Marina.

Pero conviene que hagamos un poco de historia y nos ocupemos de los antecedentes de este caso.

La bomba de Palomares

Como sin duda recordará el lector, el pescador tarraconense afincado en Águilas, Francisco Simó Orts, se convirtió en un verdadero héroe al localizar exactamente, en el fondo del mar y a la altura de Vilaricos, el artefacto nuclear caído al agua a consecuencia de la colisión en pleno vuelo, el lunes 17 de enero de 1966, de un bombardero gigante «B-52», del *Strategic Air Command*, y el avión-nodriza que debía abastecerlo, un «KC-135». Los restos de ambos aparatos se precipitaron a tierra en las afueras de la pequeña población almeriense de Cuevas de Almanzora y en Palomares.

Pero lo más grave fue que el «B-52» transportaba nada menos que cuatro bombas H de 25 megatonnes.

Quien mejor ha estudiado esta famosa catástrofe, que en su tiempo hizo tanto «ruido» (y no estamos exagerando), fue el periodista norteamericano Tad Szulc, corresponsal a la sazón del *New York Times* en Madrid, y que luego publicó un libro muy documentado, que no sabemos que se haya traducido en España. Tad Szulc fue uno de los primeros periodistas que se personó en el lugar de la catástrofe. Luego, en dos años de trabajo, consiguió desentrañar los numerosos misterios que rodeaban a este acontecimiento. De él provienen muchos de los datos que siguen.

La era atómica llegó a Palomares exactamente a las 10,22, hora local, del lunes 17 de enero de 1966, bajo la forma de una potente explosión a gran altura en el cielo al nordeste del pueblo, sobre las crestas aserradas y azules de la Sierra Almagrera, de la que en la Antigüedad los fenicios extraían una plata extrañamente fina, con la que forjaban brillantes áncoras para sus naves.

La explosión fue oída en Palomares, entre otras docenas de personas, por la señorita Juana Unzué López, de Pamplona, actualmente fallecida, que se hallaba allí pasando unos días de descanso a causa de su delicada salud. En una comunicación personal, dicha señorita escribió lo siguiente:

«Por lo menos, tres o cuatro veces por semana pasaban por encima de mi casa tres aviones a reacción y siempre coincidían en darse la gasolina (sic), o combustible que necesitan, cuando pasaban sobre mi casa, cosa que admirábamos todos... pues se veía perfectamente y siempre pasaban a la misma hora, hora en que muy poca gente hay por el campo, o sea, que el día de la catástrofe, pocos lo vieron. Yo estaba en la terraza desa-

mar, una bomba de hidrógeno levemente abollada, pero por lo demás completamente intacta, yacía bajo su paracaídas blanco-grisáceo. Estaba tendida horizontalmente al pie de un dique bajo, del que había resbalado después de caer sobre él, entre la arena del río y un campo de tomates, casi al pie de una antigua torre de observación que se erguía a orillas del río, que en tiempo de los fenicios había señalado el límite de la floreciente región Bética. La bomba, designada convencionalmente como «arma n.º 1», fue identificada a las 16,44, y desarmada acto seguido por los artificieros del S.A.C. Así se encontró el primero de los cuatro ingenios nucleares que cayeron del cielo aquel lunes trágico en la zona de Palomares. Pero faltaban aún otros tres y se estaba dibujando un peligro terrible: el de la radiación por rayos gamma.

No tardaron en localizarse otros dos ingenios en tierra, que fueron inmediatamente desactivados; pero, pese a todas las búsquedas, el cuarto no aparecía. ¿Habría caído al mar? ¿Sería «aquello» que chocó contra la quilla del *Manuela Orts*? Basándose en esta presunción, el Gobierno de los Estados Unidos decidió poner en juego los más modernos medios de rastreo submarino de que disponía.

Por aquella época, como señala el oceanógrafo Aldeamaro Romero en un artículo publicado en *El Noticiero Universal* de Barcelona el jueves 11 de enero de 1973, los Estados Unidos contaban con algunos ingenios que podrían utilizarse para la localización de la bomba. En el primero de ellos en que se pensó fue el *Trieste*, batiscafo que ya hemos visto en acción, tratando de localizar el submarino nuclear *Thresher* y que, seis años antes, había logrado descender a la más profunda de las fosas oceánicas (10.918 metros) junto a las Marianas, mas el

batiscafo era poco maniobrable y su rendimiento sería más bien bajo en una operación en la que había que cubrir el mayor espacio submarino en el menor tiempo posible. Se decidió recurrir entonces a pequeños submarinos de investigación científica, pues los de guerra son ciegos en inmersión y su cota máxima de profundidad está en los —300 metros. Fueron varios los elegidos, pero sólo dos de ellos se utilizaron al final: el *Aluminaut* y el *Alvin*.

El primero está constituido principalmente con aluminio. Mide 15,5 metros de eslora por 2,44 de manga y tiene un desplazamiento total de 81 toneladas. Si bien puede alcanzar los 4.500 metros de profundidad, su máximo rendimiento se encuentra en los 1.800 metros.

Los primeros días de febrero presenciaron una frenética actividad frente a las costas de Palomares: desoyendo las advertencias de Francisco Simó, quien aseguraba que la bomba había caído en alta mar y en un punto que él conocía, los buceadores autónomos de la US Navy rastrearon palmo a palmo todo el litoral sumergido hasta los 50 metros de profundidad, hallando únicamente algunos despojos. El 14 de febrero se iniciaron las inmersiones del *Alvin* y el *Aluminaut*, en condiciones atmosféricas muy adversas, pues el tiempo había cambiado y los elementos parecían confabularse contra los americanos: las aguas estaban muy turbias, reinaban fuertes corrientes submarinas, los pequeños sumergibles tenían un fallo tras otro y así, casi *ad infinitum*. Por si aún no fuese bastante con todo esto, el día 18 hizo acto de presencia en la zona un buque-espía soviético, que mediante sus equipos electrónicos trataba de averiguar lo que hacían los americanos. Esto no hizo más que aumentar el nerviosismo y la irritación que ya sentían los yanquis.